

en el alma. Aquella paz interior, que excede todo cuanto se puede imaginar; aquel contento superabundante, que causa una inalterable igualdad; aquella inesplicable alegría, que es el fruto de los mas duros trabajos; aquella alegría pura sin mezcla de tristeza; aquella alegría permanente, que no se acaba cuando se acaba una fiesta pública; aquella alegría constante, sin peligro de producir efecto alguno enfadoso; todo esto solo se reserva para los buenos. Compara todas estas ventajas con la turbacion y con la tiranía de las pasiones; con aquellas inquietudes, y con aquellos enfados, que son como la herencia de las almas cobardes, de las almas tibias, y descubrirás el verdadero origen de todos tus disgustos, y de todas tus sequedades.

Conozco, Dios mio, que mi infidelidad y mi tibieza me han privado hasta aquí de aquellas señaladas gracias, que solo se reservan para los fervorosos. No os pido, Señor, esos favores extraordinarios que hacen tan fácil y tan dulce la virtud; solo os pido, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me deis gracia para salir de este infeliz estado de tibieza, que me ha hecho tan pesado tu suavísimo yugo. Concededme aquel fervor con que se os debe servir, y la merced de que os sirva de hoy en adelante con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS. — Muéstranos, Señor, los efectos de tu misericordia, y concédenos la asistencia de tu gracia. (*Psalm. 84.*)

Vos, divino Salvador mio, sois el resplandor de la gloria, y la figura de la sustancia del Padre. (*Ad Hebr. 1.*)

PROPOSITOS.

1 *Maldito sea aquel que no ama á Jesucristo*, decia S. Pablo; y á la verdad, si el que no ama á su prójimo está, segun S. Juan, en estado de muerte; ¿en qué estado se ha de considerar el que no ama á su Criador, á su Salvador, á su Redentor, á su Dios, á su Padre? ¿Como es posible que no amemos á Jesucristo con ardor y con ternura los que tanto nos amamos á nosotros mismos; los que somos pródigos de nuestro corazon, y le entregamos por el menor beneficio que nos hagan? Pues qué, ¿ninguno hemos recibido de este divino Salvador, á cuya pura bondad debemos cuanto tenemos y cuanto somos? ¿Ignoramos por ventura con cuánto ardor nos amó y nos ama Jesucristo? ¿Pero le amamos nosotros? Esta es la pregunta que te debes hacer continuamente. La respuesta la han de dar tus obras, tus palabras, tus dictámenes y toda tu conducta. Si estás en el tem-

plo, si asistes al divino sacrificio, sea tu respeto, tu modestia y tu devocion una prueba pública de lo que amas á Jesus. Si un director te aconseja, si un superior te manda, recibe la orden y el consejo como consejo y orden de Jesucristo; prueba lo que le amas en la prontitud con que le obedeces. Tus reglas, y las obligaciones de tu estado, son señales visibles de la voluntad de tu soberano Maestro; esto es lo que pide el Salvador. No se pase este dia sin que tengas el consuelo de probar por todos estos medios la sinceridad con que amas á Jesucristo.

2 *Imita á aquellos grandes siervos de Jesucristo*, cuyo corazon estaba abrasado de su amor, y de cuyos labios jamás se desprendia su santo nombre. *Yo te aconsejo singularmente*, dice S. Francisco de Sales (1. part. 2. cap. 1.), *que tomes por frecuente materia de tu meditacion los méritos de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Mirándole en tu oracion, aprenderás como debes obrar, y arreglarás tus acciones por el modelo de las suyas. Los niños, á fuerza de oír á sus madres, y de tar-tamudear delante de ellas, no solo aprenden las voces, sino tambien los acentos; y nosotros, si nos acostumbramos á la presencia de este divino Salvador, durante la meditacion, y á observar sus acciones, sus sentencias y sus máximas, aprenderemos, mediante su divina gracia, á hablar, á obrar y á querer lo que él quiere. No sin razon se llama el Salvador. Pan que bajó del cielo; porque así como el pan se debe comer con todo género de manjares, así el Salvador debe ser meditado, considerado y buscado en todas nuestras oraciones, para ser imitado en todas nuestras acciones.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

SAN CAYETANO TIENE, confesor y fundador de los clérigos regulares, en Nápoles de Campania; el cual con singular confianza en Dios restableció en sus hijos la primitiva vida de los apóstoles, y esclarecido en milagros fué canonizado por Clemente X. (*Véase su vida hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN DONATO, obispo y mártir, en Arezzo en Toscana; el cual entre otros milagros que refiere S. Gregorio papa, con su oracion restauró un cáliz consagrado y hecho pedazos por los gentiles. En la persecucion de Juliano, apóstata fué preso por Quadraciano su prefecto, y rehusando sacrificar á los idolos, fué degollado, y así consumó el martirio. Con él fué martirizado SAN HILARINO, monge, cuya fiesta se celebra el dia 16 de julio en cuyo dia fué trasladado su cuerpo á Ostia Tiberina.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO Y JULIANO CON OTROS DIEZ Y OCHO COMPAÑEROS, en Roma.

SAN FAUSTO, soldado, en Milan; el cual en tiempo del emperador Aurelio Commodo, despues de muchos tormentos alcanzó la palma del martirio.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CARPÓFORO, EXANTO, CASIO, SEVERINO, SEGUNDO Y LICINIO, en Como, los cuales fueron degollados por confesar á Jesucristo.

SAN DOMECCIO, monge persa, en Nisibe en Mesopotamia; el cual junto con dos discípulos suyos fué apedreado en tiempo de Juliano apóstata.

SAN VICTRICIO, obispo, en Ruan; el cual siendo aun soldado del mismo Juliano arrojó por Jesucristo el distintivo de la milicia, y el tribuno despues de varios tormentos le condenó á muerte. Pero cegando el verdugo que iba á darle muerte, escapó el libre de sus manos. Despues hecho obispo, convirtió á la fe de Jesucristo á las gentes indómitas de Terouana y Tournay, y últimamente murió en paz confesor de Jesucristo.

SAN DONACIANO, obispo, en Chalons en Francia.

SAN ALBERTO, confesor del orden de los Carmelitas, esclarecido en milagros, en Mesina en Sicilia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.

LA familia de S. Gaetano, ó Cayetano, fué una de las mas nobles del Vincentino, en la señoría de Venecia, distinguida por los grandes empleos que obtuvo en la Iglesia y en el Estado, fecunda de hombres grandes, no menos por la carrera de las armas, que por la profesion de las letras en el estado eclesiástico. Además del famoso Gaetano de Tiene, canónigo de Padua, á quien algunos apellidaban el príncipe de los teólogos de su siglo, produjo esta ilustre casa muchos insignes preladados, como tambien grandes capitanes, gobernadores de Milan y vireyes de Nápoles. Nació nuestro Santo el año de 1480, ó en Vincencia, ó en el mismo Tiene, poblacion numerosa perteneciente á su familia, que tomó de ella el nombre ó el apellido. Su padre se llamó Gaspar de Tiene, y su madre María Porta, ambos mas recomendables por su eminente virtud que por su ilustre nobleza. Correspondió su educacion á los deseos de sus virtuosos padres. Deseaba su madre que tambien se viesen santos en una familia donde ya se habian visto sabios y capitanes; con cuyo piadoso fin, luego que fué bautizado le puso bajo la proteccion de la santísima Virgen.

Muy presto dieron á conocer las inclinaciones del niño que el



S. CAYETANO FUNDADOR.

Señor le habia prevenido casi desde la misma cuna con sus mas dulces bendiciones. No parecia posible natural mas blando, semblante mas modesto, ingenio mas brillante, genio mas dócil, ni corazon mas puro y mas derecho. Ya en aquella tierna edad daba bien a entender que solo Dios era el único objeto de sus deseos. Todas las diversiones de su infancia se reducian á ejercicios de devocion, que parecian superiores á su niñez; siendo la mas frecuente, y la que mas le divertia, el representar en su cuarto las sagradas ceremonias que observaba en la iglesia. A vista de su perfecta sumision y rendimiento á la voluntad de sus padres y de su ayo, le proponian por modelo á la tierna juventud de Vincencia; y considerando aquella su fervorosa devocion y aquella ardiente caridad en una edad que apenas sabe sentir las miserias ajenas, comunmente le nombraban con el epíteto de santo.

Pero aunque los ejercicios de devocion parecian ser toda su ocupacion, y eran efectivamente su principal empleo, no por eso estorbaron los asombrosos progresos que hizo en el estudio de las ciencias humanas. En poco tiempo se hizo hábil filósofo, sabio teólogo, docto canonista, no menos jurisconsulto, estudiando uno y otro derecho en la universidad de Padua, donde recibió los grados de doctor en ambos, y fué reputado por uno de los mas sabios legistas, canonistas y moralistas de su tiempo. Pero así como los ejercicios espirituales no servian de estorbo á los progresos que hacia en el estudio, así tampoco su aplicacion al estudio impedia ni desecaba el fervor de su devocion. Crecia visiblemente cada dia su abrasado amor de Dios, y no eran menos sensibles los progresos que hacia en su tierna y amorosa devocion á la santísima Virgen. No podia mantenerse mucho tiempo en el mundo una vida tan pura en siglo tan corrompido. Tardó poco en tomar su partido el santo mancebo; y como el cielo lo tenia destinado para fundar dentro del mismo clero una familia religiosa, abrazó el estado eclesiástico.

Habiendo quedado dueño de sus bienes, por muerte de sus padres, edificó á su costa una especie de capilla ó ayuda de parroquia en el lugar de Rampazo, dotándola con un capellan para consuelo y alivio de sus moradores, que, por distantes de la iglesia parroquial, carecian de asistencia espiritual, y no pocas veces corrian riesgo de quedarse sin misa los domingos y dias festivos.

Estaba tan desterrado el uso de los sacramentos por el desorden de las costumbres, que apenas se hallaba quien comulgase dos veces al año aun entre los que vivian mas arreglados. Renovóse el fervor con el ejemplo de nuestro Santo. Su devocion, su modestia, su asistencia á la oracion y su frecuencia de sacra-

mentos, todo en un jóven de aquel mérito y de aquella distincion, bastó para reformar las costumbres, y para que toda la ciudad mudase de semblante.

Por el deseo de imbuirse en el espíritu eclesiástico, y de perfeccionarse mas en él, emprendió un viaje á Roma, con determinada resolucion de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, empleándose únicamente en los mas bajos ejercicios de humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud, acompañada de su grande reputacion, le descubrieron luego, dándole á conocer por lo que era. Quiso verle el papa Julio II, y reconociendo en él señales muy visibles de un estraordinario mérito, y de una eminente santidad, que algun dia podian ser muy útiles al bien de la santa Iglesia, le mandó que se quedase en la corte. No era este precepto acomodado á la inclinacion de Cayetano, que suspiraba siempre por la soledad, para vacar en ella á solo Dios; pero le fué preciso obedecer. Y no queriendo el papa que estuviese tan escondida aquella brillante antorcha, le dió un oficio de protonotario participante. No alteró su fervor, ni su espíritu de recogimiento el aire de la corte. Habia en Roma una congregacion, llamada *del Amor divino*, y fundada en la iglesia de S. Silvestre, cuyo instituto era encender los corazones en el fuego del amor de Dios, y apagar en ellos los incendios del amor profano. Luego que Cayetano fué recibido en esta piadosa congregacion, se conoció renovarse en ella el zelo y el fervor, que iban decayendo; restablecióse el uso de los sacramentos, y se palpó la seguridad y la abundancia del fruto, cuando se predica con el ejemplo.

Todos estaban impacientes por ver promovido á los sagrados órdenes á tan santo como zeloso ministro; y aunque él mismo por una parte deseaba con ardor el sacerdocio, por otra se estremecia su humildad solo con pensar en la santidad del ministerio. Sosegó el papa su inquietud, y dispensándole en los intersticios, le hizo recibir en tres dias festivos todos los órdenes sagrados, hasta el sacerdocio *inclusivè*. No habia memoria de que en mucho tiempo se hubiesen visto servidos los altares con tanta pureza y con tanto fervor. Comunmente se decia que Cayetano en el altar era un serafin, y en el púlpito un apóstol. Muerto el papa Julio, solo suspiró por el retiro. Renunció el oficio que tenia en la corte, juntamente con la prelatura que estaba aneja á él, determinado á emplearse única y enteramente en el ejercicio de buenas obras. Luego que se restituyó á Vincencia, se alistó en la congregacion de S. Jerónimo, formada sobre el modelo de la del Amor divino, pero compuesta solo de

oficiales y de gente popular. No lo llevó á bien su familia; mas el Santo habia tiempo que estaba muerto á todos los respetos humanos. Habiendo nacido, por decirlo así, con un amor como ingénito á la pobreza evangélica, profesaba cierta pasion particular á los pobres, que iba creciendo al paso que su virtud. Y no pudiendo ceñirse su caridad á los estrechos limites de aquella congregacion, se estendia á todos los pobres y enfermos de la ciudad, sin que alguno se escapase al vigilante cuidado de su caritativo zelo.

Era su director un santo religioso de la órden de Sto. Domingo, cuya principal ocupacion era moderar los excesos de su fervor, y reprimir las demasias á que le inclinaba su insaciable sed de humillaciones y de abatimientos. Su continua asistencia en los hospitales, y aquella su fervorosa ansia de servir siempre á los enfermos mas asquerosos, renovó el espíritu de la caridad, casi apagado en el corazon de los ciudadanos. A ejemplo de S. Cayetano, tanto plebeyos como nobles competian á porfia en la asistencia de los pobres enfermos; de manera, que dentro de pocos dias aquellos mismos hospitales, de donde algunos dias antes parecia estar desterrada toda gente de alguna distincion, pasaron de repente á ser las casas mas frecuentadas de toda la ciudad.

Pero mayor teatro iba disponiendo el cielo á la especiosa caridad de nuestro Santo. Ordenóle su prudente director que pasase á Venecia, y Cayetano obedeció sin dar oidos á su inclinacion, ni á su repugnancia. Lloró Vincencia la falta de tan virtuoso operario; pero Venecia, adonde ya se habia adelantado la fama de su nombre, celebró su dicha, y le recibió con estremada alegría. Mudó de lugar, mas no mudó de inclinacion ni de ejercicio. Escogió para su habitacion el hospital nuevo; hizo tanto bien en él, así por la asistencia á los enfermos, como por el buen órden que entabló en aquella casa recién fabricada, que sin dificultad se le llamó su verdadero fundador. A esto se siguió la reforma general de las costumbres, y la conversion de muchos pecadores; fruto todo de sus frecuentes exhortaciones y de sus santos ejemplos. A vista de tantos prodigios se persuadió el director de Cayetano que no era suficiente campo á su zelo el de una ciudad particular, y que sin duda le destinaba el cielo para servir á la Iglesia universal con modo mas dilatado y mas glorioso. Con este pensamiento le envió á Roma, donde se unió mas estrechamente que nunca con los principales miembros de la congregacion del Amor divino. Eranlo Juan Pedro Carrafa, obispo á la sazón de Teati, vulgarmente llamada Tieti, que despues

fué papa con el nombre de Paulo IV; Pablo Consigliere, de la ilustre casa de Ghisleri, y Bonifacio de Cola, gentil-hombre milanés. Con estos virtuosos personajes estrechó amistad nuestro Santo; y conferenciando con ellos sobre los medios de reformar muchos abusos, y de remediar la relajacion que se habia introducido en el estado eclesiástico, resolvió fundar una religion de clérigos reglares, tomando por modelo la vida de los apóstoles.

Era el intento grande, y ardua verdaderamente la empresa; pero llenos de confianza en la pureza de su intencion, acudieron al papa Clemente VII, suplicándole los admitiese la dimision de sus beneficios y de sus empleos, y pidiéndole su proteccion para la ejecucion de un pensamiento que consideraban tan útil á la universal Iglesia. Tuvo el papa gran dificultad en todo, pero principalmente en consentir que Carrafa renunciase su obispado; y los cardenales la tuvieron mucho mayor en aprobar un instituto, que no solo se despojaba de todo género de fondos y de rentas, como los religiosos franciscos, sino que obligaba á todos los que le profesasen á no pedir limosna de modo alguno, abandonándose total y enteramente á la divina Providencia. Pero así Carrafa como Cayetano representaron con tanta energia y solidez la conformidad de esta manera de vida con la que habian profesado los apóstoles y los primeros discípulos de Cristo, que obtuvieron, en fin, la aprobacion de aquel admirable instituto, que en estos últimos tiempos renueva el espíritu y el mas perfecto desasimiento de los primeros siglos de la Iglesia. El dia, pues, 14 de setiembre del año de 1524, S. Cayetano y sus tres ilustres compañeros, despues de haber renunciado todos sus bienes, cuya mayor y mejor parte tocó á los pobres, hicieron sus votos en la iglesia del Vaticano en manos de monseñor Juan Bautista Bonciano, obispo de *Caserta*, datario apostólico y diputado del papa para esta tierna funcion. Habia ya aprobado su Santidad con grandes elogios el nuevo instituto bajo el nombre de Clérigos reglares, en una bula espedida en 24 de junio del mismo año de 1524. Despues que hicieron sus votos eligieron por superior á Carrafa; y porque el papa quiso absolutamente que mantuviese siempre el titulo de obispo de Teati, se llamaron *Teatinos* los nuevos religiosos, conservando despues este nombre, que tomaron de aquella ciudad.

Como el zelo de aquellos varones apostólicos tenia por primer objeto remediar la indevacion y la ignorancia en los eclesiásticos, el desórden de las costumbres en los legos, la negligencia del culto divino en las iglesias, y la poca aficion á la frecuencia de los sacramentos en todos, fué el fin de su instituto, lo primero, res-

taurar la pureza de costumbres, el amor al estudio, la circunspeccion y el porte arreglado en el cuerpo de la clerecia; lo segundo, estinguir en él la codicia, y renovar el desinterés, amoldándole al espíritu y á la perfeccion de la pobreza apostólica; lo tercero, restituir la decencia y aun la magnificencia á los templos, resucitando al mismo tiempo aquel espíritu de respeto y de religion que debe animar todas las ceremonias exteriores de la Iglesia; lo cuarto, purgar el púlpito ó la cátedra de la verdad de las bajezas, de los abusos y de las profanidades que se habian introducido en ella; lo quinto, perseguir en todas partes las nuevas herejias, asistir á los enfermos hasta la sepultura, y acompañar los reos al suplicio.

Así Roma como toda Italia experimentaron luego los efectos de aquel admirable instituto, cuya alma era nuestro Cayetano. Atraídos del olor de su virtud y de la de sus compañeros, acudieron muchos á alistarse en la nueva religion, comenzándose á llamar teatinos, no solamente los que la profesaban, sino todos aquellos eclesiásticos devotos que hacian vida algo mas ejemplar. Concurrió tanto número de pretendientes, que fué preciso buscar otra casa mas espaciosa; y así se establecieron en el monte Pincio, de donde el año siguiente los obligó tambien á salir la violencia de las tropas del emperador, despues que tomaron á Roma por asalto. Saquearon la casa, y maltrataron á los padres; pero sobre todo, á S. Cayetano, á quien dieron tormento por instigacion de un soldado, que habiéndole conocido en Vincencia, le suponía ahora tan poderoso como entonces. Despues de tan crueles pruebas salió de Roma descoyuntado todo el cuerpo, con sus compañeros, todos con el breviario debajo del brazo, vestidos de unas pobres sotanas, y habiéndose embarcado en el puerto de Ostia, dieron fondo en Venecia. Recibiólos la Señoría con veneracion, y los alojó en S. Nicolás de Tolentino; pudiéndose decir, que aquí nació segunda vez aquella sagrada familia.

Concluidos los tres años del gobierno de Carrafa, sin atender á los ruegos ni á las lágrimas de Cayetano, fué electo por superior de una congregacion que le reconocia por su fundador y por su padre. Los cuidados del nuevo empleo en nada disminuyeron sus desvelos por el alivio de los pobres estraños. Era la misma su asistencia á los hospitales; pero nunca resplandeció mas su ardiente caridad, nunca se hizo admirar mas de todo el pais que en la peste que trajeron los navíos de Levante.

En todas partes eran asombrosos los frutos de su zelo, sostenido con la opinion general de su virtud. Luego que se dejó ver en Verona, donde desgraciadamente se habia introducido la dis-

cordia en el cuerpo de la clerecía, introdujo en él la tranquilidad juntamente con la reforma. Enviado á Nápoles de orden del pontífice para fundar en aquella ciudad una casa de su religion, aceptó el sitio y alojamiento que le dió el conde de Opido; pero nunca le pudo reducir á que admitiese los fondos y las rentas que le señalaba, alegando ser contrario á la perfeccion de pobreza que habia profesado. Los frutos de la nueva fundacion fueron los mismos en Nápoles que habian sido en Roma, en Venecia y en Verona. En todas partes donde estaba Cayetano entraba con él la reforma de las costumbres, y mudaba de semblante el pueblo, el clero, la nobleza y los magistrados.

El papa Paulo III, que sucedió á Clemente VII, elevó á la púrpura á Juan Pedro Carrafa; lo que añadió mucho lustre á la nueva congregacion. Mientras tanto nuestro Cayetano, no menos atento á conservar la pureza de la fe, que á restituir la santidad de sus costumbres en fuerza de su vigilancia, descubrió en Nápoles tres herejes disfrazados, que con el especioso sobrecrito de virtud y de reforma sembraban en aquella ciudad las perniciosas novedades del luteranismo. Viéronse obligados á retirarse de ella Valdés, Mártir y Ochín, porque no quisieron convertirse; y aquella gran ciudad debió al zelo de nuestro Santo la dicha de preservarse del contagio de la herejía. A impulsos de su mismo zelo se vió precisado á repetir muchos viajes á Roma, á Venecia, y al Vincentino, con suceso igualmente feliz en todas partes, sin que en medio de tantas agitaciones se alterase un punto su recogimiento interior, su devocion particular ni su penitencia. Antes bien parece que crecía con sus ocupaciones el tierno amor que profesaba á Jesucristo y á la santísima Virgen. Abrasado en él su corazon, nunca pronunciaba el dulce nombre de Jesus sin añadir el de Maria.

Entrando en la iglesia de Santa María la Mayor la vigilia de Navidad para pasar en ella la noche, luego que se puso en oracion se le dejó ver el niño Dios en el mismo estado que tenia al tiempo de su nacimiento. Estrechóle en sus brazos la santísima Virgen, y al punto le pasó á los de Cayetano, cuya alma quedó como inundada en consuelos celestiales; pero de una manera inefable, segun él mismo lo declaró. Despues de este insigne favor parecia no vivir ya ni alimentarse sino del fuego del amor divino, cuyos incendios le salian continuamente al semblante. Perpetuamente maceraba su carne con un santo rigor, y nunca se quitaba el cilicio sino para despedazarse á azotes con disciplinas de hierro, pasando muchas veces noches enteras en estos sangrientos ejercicios. Su ayuno era continuo; ninguna ocupa-

cion exterior interrumpia su íntima union con Dios; y alguna vez se le vió seis y siete horas seguidas en oracion estático é inmóvil. Pero aunque estos favores parecian elevarle á una condicion superior á la comun de los mortales, no por eso le hacian insensible á las calamidades públicas. Aflijíanle sobre todo las persecuciones de la Iglesia, despedazada con las nuevas herejías. Hacia incesantes oraciones, imponía ayunos á sus hijos; y es verosímil que el vivo dolor que le causaban los males públicos, le abrevió los dias de la vida. Con los milagros que obraba crecía cada dia mas la opinion de su santidad. Rompiósele un hueso cerca del talon á uno de sus religiosos, y se le formó una apostema tan perjudicial que los cirujanos determinaron cortarle la pierna. Rogóles S. Cayetano que dilatasen la operacion hasta el dia siguiente, y pasó una parte de la noche haciendo oracion en el cuarto del enfermo. Acabada ésta, quitó la venda del pié, besó la llaga, hizo sobre ella la señal de la cruz, y cuando acudieron los cirujanos por la mañana para hacer su peligrosa operacion, hallaron el pié tan sano como si jamás hubiera padecido cosa alguna.

Habia mucho tiempo que la salud de nuestro Santo se iba debilitando visiblemente, sin que por eso desmayase su fervor, hasta que arruinada en fin al peso de sus apostólicos trabajos y de sus grandes penitencias, cayó mortalmente enfermo. Quiso el médico que se acostase en un colchon; pero el Santo exclamó luego: *Mi Salvador espiró en una cruz; bueno será que á lo menos muera yo sobre la ceniza.* Con efecto, en este estado de penitencia, recibidos los últimos sacramentos, y habiendo exhortado á sus hijos á que nunca sufriesen la menor relajacion en la perfeccion de su instituto, entregó dulcemente su espíritu al Criador en Nápoles el dia 7 de agosto del año de 1547, á los sesenta y siete de su edad, y á los veinte y tres de la fundacion de su orden. Enterróse el santo cuerpo con grande solemnidad en su iglesia de S. Pablo de Nápoles, donde se conserva hasta el dia de hoy con la mayor veneracion. Por los grandes milagros que obró en vida, y por los que se aumentaron despues de su santa muerte, el papa Urbano VIII le beatificó en el año de 1629; y en el de 1673 el papa Clemente X, precediendo las formalidades acostumbradas le canonizó y puso en el catálogo de los Santos. Cada dia se está experimentando lo mucho que puede con Dios S. Cayetano; siendo el mejor testimonio las maravillas que obra el Señor por su intercesion. A ella debieron en el año de 1660 los serenísimos Elector y Electriz de Baviera su hija primogénita Maria Ana Victoria, que casó des-

pues con el señor Delfin; y en reconocimiento de este beneficio la señora Electriz envió á cuarenta casas de padres teatinos un niño de plata, como se ve en su iglesia de Paris y en las de Italia.

SAN ALBERTO DE SICILIA, RELIGIOSO CARMELITA Y CONFESOR.

EL bienaventurado S. Alberto, natural de Sicilia, tuvo por padres á Benedicto y á Juana, personas de ilustre cuna, los cuales vivían en la ciudad de Trapano ó Trápani con gran ejemplo de virtud. No habiendo tenido hijos en veinte y seis años de matrimonio, tomaron por medianera á nuestra Señora, y prometieronle, que si les daba un hijo varon, le consagrarían á su servicio en la órden de su nombre. Concibió Juana, y estando preñada, vió en sueños que salía de su vientre un cirio encendido, muy resplandeciente. Nació el niño, llamáronle Alberto; criáronle con gran cuidado, como á hijo de oraciones, y despues le aplicaron á los estudios. Siendo de ocho años, como era hijo de padres tan nobles y ricos, no faltó quien le pidió para desposarle con una doncella de raras partes: y aunque el padre venia bien en ello, la madre no lo consintió, acordándose del voto que habia hecho á nuestra Señora; y así la madre llamando á su hijo Alberto, le declaró el voto que habia hecho, rogándole que lo cumpliese, y tomase á la Virgen por abogada y madre. El niño le prometió de hacerlo; y tomando la bendicion de sus padres, se fué al monasterio del Càrmen, que está cerca de Trápani, y pidió el hábito; y aunque al principio los religiosos no le quisieron recibir, temiendo á sus padres, despues le recibieron, con gran gusto y alegría; porque sus mismos padres, habiendo sido reprendidos de la santísima Virgen, porque tardaban tanto en darle lo que habian prometido, se lo pidieron y rogaron. Tomó el hábito con gran gozo suyo, y antes de tomarle, por sus propias manos dió á los pobres el vestido que traía; y aunque era niño, comenzó luego á resplandecer y á mostrar con sus virtudes, que Dios especialmente le habia escogido para gran gloria suya. Mas el demonio, temiendo el daño que le podia venir, le acometió en figura de una doncella muy hermosa y graciosa, y le tentó terriblemente, para que dejase aquella vida áspera que habia comenzado, y por su delicada y tierna edad no podia seguir, y se casase con ella, pues tanto le amaba. Pero Albertó conoció los silbos de la serpiente infernal, que se habia trasformado en aquella doncella; y haciendo so-

bre sí la señal de la cruz, desapareció el enemigo que le tentaba.

Hizo su profesion, y para mas perfectamente cumplir lo que habia prometido, se dió á los ejercicios de todas las virtudes religiosas, especialmente á la aspereza y penitencia. Ayunaba á menudo y traía un áspero cilicio: echábase desnudo sobre unos palmitos: vestíase de paño grosero y no se avergonzaba de andar roto: nunca bebia vino, y á los viernes mezclaba con el pan la yerba de los ajenjos, para mas mortificarse: huía la ociosidad, como veneno de la virtud: era castísimo, y exactísimo en la santa obediencia: aventajábase sobre todos en la pobreza y humildad: dió todo su patrimonio á los pobres religiosos, y con estas virtudes mereció ser ilustrado del Señor, de manera, que andando el tiempo, predicaba y convertia muchos judíos á nuestra santa religion, especialmente despues que se ordenó de misa, aunque lo hizo contra su voluntad, y por obediencia, porque se tenia por indigno de llegarse al sacrosanto misterio del altar para celebrar.

Comenzó nuestro Señor á honrar y glorificar á su siervo con muchos milagros que obró por él. Estaba cierto domingo en la noche haciendo oracion en la iglesia: quiso el demonio espantarle apagando la lámpara que allí ardia, y no pudo, mas hizola caer en el suelo; pero el Señor la guardó, para que no se quebrase ni apagase.

Tenia Roberto, rey de Nápoles, cercada y muy apretada la ciudad de Mesina, y los de dentro morian de hambre, sin tener cosa que comer. Acudieron á S. Alberto, que á la sazón estaba en Mesina, para que su oracion alcanzase de Dios el remedio, que ninguna industria humana podia descubrir. Oró Alberto en la misa con grande fervor y eficacia, y luego se oyó un terrible trueno, y de él una voz que á guisa de trompeta decia: *Oido ha Dios tus oraciones*; y sin saber por donde ó como hubiesen entrado, porque el cerco de los enemigos era muy apretado, se vieron en el puerto tres galeras cargadas de provisiones que se distribuyó á la gente necesitada de la ciudad; y con esto respiró y cobró ánimo y se defendió. Túvose entendido, que aquellas tres galeras habian sido guiadas de los ángeles; porque no parecieron mas, ni hubo quien conociese á los capitanes y marineros de ellas.

Habia un monge en el monasterio de S. Salvador de Mesina, que estaba para morir de una apostema, que se le habia hecho en la garganta: hizo sobre ella la señal de la cruz Alberto; y luego la apostema reventó y el enfermo quedó sano.